

Charles Perrault
Jacob y Wilhelm Grimm
CENICIENTA

Ilustraciones de Elena Odriozola



Cenicienta suele identificarse con la heroína de vida trágica que espera el amor de un príncipe y con la idea moral de que el bien siempre triunfa sobre el mal. Se trata de un personaje cuyos orígenes se remontan a la antigüedad clásica y que presenta cierta simbología que podemos encontrar en arquetipos femeninos de autores tan importantes como Novalis, Tieck o E. T. A. Hoffmann. Este volumen recoge las dos versiones más importantes de esta historia de tradición oral: la de Charles Perrault, escrita en 1697, y la de los hermanos Grimm, del año 1812. Ambos cuentos, aunque en esencia narran la misma historia, tienen detalles muy diferentes, lo que no es extraño ya que cada uno de ellos está influenciado por su contexto histórico.

CENICIENTA O EL ZAPATITO DE CRISTAL

Charles Perrault



rase una vez un noble caballero que casó en segundas nupcias con la mujer más altanera y orgullosa que darse pueda. Tenía dos hijas cortadas por la misma hechura y que se le parecían en todo. El marido tenía también una hija, pero de una dulzura y una bondad sin parangón; las había heredado de su madre, que era la persona mejor del mundo. No bien se hubieron celebrado las bodas, la madrastra dio rienda suelta a su mal carácter; no pudo soportar las prendas de aquella niña que hacían parecer a sus hijas aún más aborrecibles. La cargó con el peso de las tareas más bajas de la casa: ella era quien fregaba los platos y las escaleras, quien limpiaba el dormitorio de la señora y los de las señoritas; dormía arriba del todo de la casa, en un sotabanco, en un mal jergón, mientras sus hermanas lo hacían en dormitorios con entrepaños de madera donde tenían las camas más a la moda y unos espejos donde se veían de pies a cabeza. La infeliz lo soportaba todo con paciencia y no se atrevía a quejarse a su padre, quien la habría reñido porque su mujer lo tenía dominado.

Cuando había acabado sus labores, iba a sentarse en las cenizas, pegada a la chimenea, por lo cual solían llamarla en casa Culoceniza. La hermana menor, que no era tan mala como la mayor, la llamaba Cenicienta; todo ello no impedía que Cenicienta, con sus andrajos, fuera cien veces más hermosa que sus hermanas, aunque ellas vistieran espléndidamente.



Sucedió que el hijo del rey dio un baile e invitó a todas las personas destacadas. Las dos señoritas de la casa también recibieron invitación, porque sonaban mucho en sociedad. Helas aquí en la gloria y muy entretenidas escogiendo los vestidos y los peinados que más les favorecieran. Más trabajo para Cenicienta, pues ella era quien planchaba la ropa blanca de sus hermanas y les encañonaba los vuelillos. No había más tema de conversación que la forma en que irían vestidas.

—Yo —dijo la mayor— me pondré el vestido de terciopelo rojo y la guarnición de encaje de punto de Inglaterra.



—Yo —dijo la segunda— me conformaré con la falda de diario, pero, para compensar, me pondré el manto de flores de oro y la diadema de brillantes, que no es para hacerle ascos.

Mandaron llamar a la mejor lencera para coser las tocas con doble tira de encajes y encargaron lunares postizos de la mejor factura. Llamaron a Cenicienta, porque tenía muy buen gusto. Cenicienta las aconsejó con mucho acierto y se ofreció incluso a peinarlas, cosa que ellas aceptaron.

Mientras las peinaba, le decían:

—Cenicienta, ¿verdad que te gustaría mucho ir al baile?

—Ay, señoritas, ¿están de guasa? Ésas no son cosas para mí.



—Tienes razón, lo que se reírían todos si vieran a una Culoceniza ir al baile.

Otra que no hubiera sido Cenicienta las habría peinado mal; pero, como era buena, las peinó divinamente. Estuvieron dos días sin comer de tan satisfechas como las tenía el júbilo. Rompieron más de doce cordones de corsé de tanto tirar de ellos para adelgazarse la cintura y no se apartaban ni un momento del espejo.

Por fin llegó el feliz día y Cenicienta las fue siguiendo con los ojos mientras pudo. Cuando dejó ya de verlas, rompió a llorar. Su madrina, que la vio hecha un mar de lágrimas, le preguntó qué le sucedía:

—Quisiera... quisiera...



Lloraba tanto que no pudo terminar la frase. Su madrina, que era un hada, le dijo:

—Quisieras ir al baile, ¿verdad?

—¡Ay, ya lo creo! —dijo Cenicienta.

—Muy bien, pues haz lo que te diga e irás —le dijo su madrina.

Se la llevó a su cuarto y le dijo:

—Ve al jardín y tráeme una calabaza.

Cenicienta fue en el acto a coger la más hermosa con la que pudo dar y se la llevó a su madrina, sin poder adivinar qué tenía que ver esa calabaza con ir al baile. Su madrina la vació y, cuando ya sólo quedaba la corteza, la tocó con su varita mágica y en el acto la calabaza se convirtió en una carroza hermosísima y dorada de arriba abajo.

Luego, fue a mirar a la ratonera, donde encontró seis ratones, vivitos y coleando; le mandó a Cenicienta que abriera la puerta de la ratonera y según iban saliendo los ratones los fue tocando con su varita, y cada ratón se convertía en el acto en un hermoso caballo; el resultado fue un estupendo tiro de seis caballos tordos de un bonito gris ratón.

Como no se le ocurría de dónde sacar el cochero, dijo Cenicienta:

—Voy a ver si ha caído alguna rata en la trampa y la convertimos en cochero.

—Tienes razón —dijo la madrina—. Ve a ver.

Cenicienta le llevó la trampa de las ratas, donde había tres ratas gordas. El hada escogió a una de las tres por sus barbas de buen tamaño y, tocándola con la varita, la convirtió en un cochero grueso con uno de los bigotes más hermosos que pueden verse.

Luego, le dijo:

—Ve al jardín y encontrarás seis lagartos detrás de la regadera. Tráemelos.

No bien se los hubo llevado Cenicienta, la madrina los convirtió en seis lacayos que se subieron en el acto a la parte trasera de la carroza, con sus levitas suntuosas, y allí se quedaron como si no hubieran hecho otra cosa en la vida.

El hada le dijo entonces a Cenicienta:

—Bien, pues ya tienes con qué ir al baile. ¿No te alegras?

—Sí; pero ¿voy a ir con estos harapos?



A la madrina le bastó tocarla con la varita y al instante estuvo vestida de ropas de oro y plata cuajadas de pedrerías; le dio luego un par de zapatos de cristal, los más preciosos del mundo. Tan hermosamente compuesta, Cenicienta subió a la carroza, pero su madrina le recomendó, por encima de todo, que volviera antes de la medianoche y la avisó de que, si seguía en el baile un momento más, la carroza volvería a convertirse en calabaza; los caballos, en ratones; los lacayos, en lagartos; y los harapos volverían a ser harapos. Le prometió a su madrina que se iría del baile sin falta antes de la medianoche. No cabe en sí de alegría al arrancar la carroza. El hijo del rey, a quien fueron a avisar de que acababa de llegar una importante princesa a quien nadie conocía, se apresuró a salir a recibirla. Le dio la mano para bajar de la carroza y la condujo a la sala donde estaba la asistencia. Se hizo entonces un gran silencio; se detuvo el baile y los violines dejaron de tocar, pues todos estaban pendientes de los incontables encantos de la desconocida. Sólo se oía un rumor confuso: «¡Ah, qué hermosa es!». Incluso el rey, aunque viejo, no dejaba de mirarla y de decirle por lo bajo a la reina que hacía mucho que no veía criatura tan hermosa y gentil. Todas las damas se fijaban mucho en cómo iba peinada y vestida para tener al día siguiente, sin más demora, atuendos iguales, en el supuesto de que pudieran dar con tejidos lo suficientemente hermosos y operarios lo suficientemente hábiles.



El hijo del rey la llevó al lugar preferente y, luego, la sacó a bailar. Bailó de forma tan primorosa que se hizo acreedora de admiración aún mayor. Trajeron una succulenta colación que el príncipe no probó por estar muy ocupado mirándola. Fue ella a sentarse junto a sus hermanas y las colmó de agasajos: compartió con ellas unas naranjas y unos limones que le había dado el príncipe, lo que las dejó atónitas, pues no la conocían. Mientras estaban conversando, Cenicienta oyó que daban las doce menos cuarto: les hizo en el acto una honda reverencia a los asistentes y se marchó lo más deprisa que pudo. Nada más regresar, fue a ver a su madrina y, tras darle las gracias, le dijo que le gustaría mucho asistir al baile del día siguiente porque el hijo del rey se lo había pedido. Cuando le estaba contando a su madrina todo cuanto había ocurrido en el baile, las dos hermanas llamaron a la puerta. Cenicienta fue a abrir.



—¡Cuánto habéis tardado en volver! —les dijo bostezando, restregándose los ojos y desperezándose, como si acabara de despertarse; no había tenido, no obstante, ganas algunas de dormir desde que se había separado de ellas.

—Si hubieras ido al baile —le dijo una de sus hermanas —, lo habrías pasado muy bien: ha estado en él la princesa más hermosa, la más hermosa que darse pueda; ha sido atentísima con nosotras y nos ha regalado naranjas y limones.



Cenicienta no cabía en sí de júbilo: les preguntó por el nombre de aquella princesa; pero ellas le respondieron que nadie la conocía y que eso era algo que contrariaba mucho al hijo del rey, que daría cuanto hubiera en el mundo con tal de saber quién era. Cenicienta sonrió y dijo:

—¿Así de hermosa era? ¡Dios mío, qué suerte tenéis! ¿Y no podría verla yo? ¡Ay, señorita Javotte, présteme ese vestido amarillo que se pone a diario!

—¡Hasta ahí podríamos llegar! —dijo la señorita Javotte—. ¡En eso mismo estaba pensando! Bien loca estaría si le prestase un vestido mío a una Cenicienta tan fea como tú.

Cenicienta contaba con esa negativa, que le resultó muy grata, pues se habría visto en un gran apuro si su hermana hubiese estado dispuesta a prestarle el vestido.

Al día siguiente, las dos hermanas fueron al baile, y Cenicienta también, pero aún más elegante que la primera vez. El hijo del rey no se separó de ella y no dejó de decirle ternezas. La joven estaba muy entretenida y olvidó lo que le había recomendado su madrina; con lo cual oyó dar la primera campanada de las doce cuando no pensaba que fueran ni las once: se levantó y salió corriendo tan veloz como una corza. El príncipe fue tras ella, pero no pudo alcanzarla. Se le cayó uno de los zapatos de cristal, que el príncipe recogió con mil cuidados. Cenicienta llegó a su casa sin aliento, sin carroza, sin lacayos y con sus harapos; nada le quedaba de todo su esplendor sino uno de los zapatos, la pareja del que se le había caído. Preguntaron a los guardias de la puerta del palacio si no habían visto salir a una princesa; dijeron que no habían visto salir a nadie, a no ser una joven muy mal vestida y que más parecía una labriega que una señorita.

Cuando sus dos hermanas volvieron del baile, Cenicienta les preguntó si se habían divertido y si había asistido la hermosa dama. Le dijeron que sí, pero que había salido huyendo al dar la medianoche, y con tantas prisas que se le había caído uno de los zapatos de cristal, que era de lo más primoroso; que el hijo del rey lo había recogido y que se había pasado el resto del baile mirándolo, y que seguramente estaba enamorado de la hermosa joven dueña del zapato.



Era cierto lo que decían, porque pocos días después el hijo del rey mandó pregonar a toque de trompa que se casaría con aquélla a cuyo pie sentase bien el zapato. Empezaron por probárselo a las princesas; luego, a las duquesas; y a toda la corte, pero en vano. Lo llevaron a casa de las dos hermanas, que hicieron cuanto pudieron para meter el pie en el zapato, pero no lo consiguieron. Cenicienta, que las estaba mirando y reconoció su zapato, dijo riéndose:

—¡Voy a ver si me sienta bien a mí!



Sus hermanas se echaron a reír y empezaron a burlarse de ella. El gentilhomme de palacio que probaba el zapato, tras mirar atentamente a Cenicienta y parecerle muy hermosa, dijo que era una petición justa y que tenía orden de probárselo a todas las muchachas. Hizo sentar a Cenicienta y, acercándole el zapato al piecico, vio que se lo calzaba fácilmente y que se le ajustaba como si fuese de cera. Grande fue el asombro de las hermanas, pero se volvió ma-

por aún cuando Cenicienta se sacó del bolsillo el otro zapato y se lo puso. Llegó en ese momento la madrina que, tras tocar con la varita la ropa de Cenicienta, la convirtió en un atuendo aún más suntuoso que los anteriores.

Entonces sus hermanas reconocieron en ella a la hermosa dama a quien habían visto en el baile. Se arrojaron a sus pies para pedirle perdón por todos los malos tratos que le habían hecho padecer. Cenicienta las ayudó a incorporarse y les dijo, mientras las abrazaba, que las perdonaba de buen grado y que les rogaba que la quisieran mucho siempre. La llevaron ante el joven príncipe tal y como estaba vestida: le pareció más hermosa que nunca y, pocos días después, se casó con ella. Cenicienta, que era tan buena como hermosa, se llevó a vivir a sus hermanas a palacio y las casó, ese mismo día, con dos señores muy principales de la corte.



MORALEJA

Belleza en la mujer es tesoro inefable,
y cuando la admiramos nunca causa cansancio.
Mas es prenda sin precio y aun mejor si cabe
esa forma de ser que llamamos agrado.
Fue lo que su madrina le enseñó a Cenicienta.
En ello la educó e instruyó con empeño
y con tan buen acierto que hizo de ella una reina.
(Tal es la moraleja que sacamos del cuento).
Hermosas, vale más que un peinado airoso
ese don para hacerse de un corazón las amas.
El agrado es el don más cierto de las hadas.
Sin él, nada se puede, con él se puede todo.

OTRA MORALEJA

Es sin duda una gran ventaja
gozar de ingenio y de coraje,
de sentido común, prosapia
y otros talentos semejantes
que concede el Cielo y reparte.
Pero tenerlos nada vale,
para ningún progreso son cosas efectivas
si no tenemos el realce
de padrinos o de madrinas.